





La promesa del almendro

Natalia Pi Valero



Título: La promesa del almendro

Primera edición: julio, 2025

© 2025, del texto Natalia Pi Valero.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Ilustración de portada por Daniel Fernández

Fotografía de solapa por @chusblazquezestudiofotografico

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 1223-2025

ISBN: 979-13-87720-24-7

A mi abuela.

A mi madre.

A mi hija.



Índice

1	9
2	15
3	19
4	23
5	27
6	31
7	35
8	39
9	43
10	47
11	51
12	55
13	59
14	65
15	69
16	73
17	77
18	81
19	87
20	93
21	99

22	105
23	109
24	113
25	119
26	125
27	129
28	133
29	139
30	143
31	149
32	153
33	157
34	161
35	165
36	169
37	173
38	177
Agradecimientos.....	181

1

Cogí el bolígrafo rojo y señalé el primer día en el calendario de mi agenda, era veinticuatro de febrero. Sonreí mientras observaba a mis alumnos, que empezaban las tareas que les acababa de dar.

—Pero yo no vengo a la escuela a pintar, coño...

—¿Cómo? —me sobresalté.

—Que no quiero pintar.

—Señora María José, no se trata solo de pintar, se trata de que usted coloree cada objeto de la cocina del color que se le indica en el ejercicio.

—Pero que a mí no me gusta, que para eso me quedo en mi casa —dijo, mirándome fijamente.

—Escuche, si no supiera leer, no podría hacer esta actividad. Pero me han dicho que sí sabe, y lo que yo quiero ver es si entiende lo que lee.

—Claro que lo entiendo, ¿no lo voy a entender? Lo que te digo, niña, es que no me sale de las narices ponerme a pintar.

Me puse roja, como siempre me pasaba cuando estaba incómoda. Notaba el calor en las mejillas. Los demás me miraban y yo no conseguía pensar con claridad.

—Es lo que tengo programado para usted. Yo voy a hacer ahora un ejercicio con sus compañeros. Luego miro si lo ha hecho bien y me comenta si ha tenido alguna dificultad. Algunas veces les pondré actividades distintas, según el nivel de cada uno.

—Pues no me da la gana. Estoy yo como para perder el tiempo. Me parece a mí que tú eres muy joven... Marta no lo hacía así —dijo, negando con el dedo.

Me miraron todos menos una alumna, que negaba con la cabeza, centrada en María José, apretando los labios, con los ojos encendidos y las cejas levantadas. Se llamaba Encarnación. Mi único compañero docente en la escuela, Alberto, me había resumido las características de mi grupo por teléfono, el día anterior, cuando llamé al centro para informar de que me habían asignado la sustitución de la maestra titular. Las había nombrado a las dos como las únicas que ya sabían leer y me parecía que se tenían algo de confianza. María José le hizo un gesto con la mano, como para decirle que no le importaba lo que ella pensara, y luego miró hacia otro lado, cruzándose de brazos.

No sabía qué más hacer. No me salía ni una palabra, nada con que convencer a esa señora. Me sentí mal, el silencio me pesaba en los hombros y me hacía cada vez más pequeña.

—Vamos a seguir, no le hagas caso, que tiene un mal día —dijo Encarnación, por fin, terminando la frase con los ojos cerrados.

Tenía tantas ganas de salir corriendo... Miré a María José de reojo. Estaba girada hacia la pared, muy seria, con las piernas cruzadas y sin dejar de mover el pie en el aire. Su aspecto era algo descuidado y vestía con ropa oscura, no llevaba ninguna joya ni maquillaje. Sus compañeras iban un poco más arregladas que ella.

Mientras observaba a los otros alumnos sin decir nada, me mordí la uña del pulgar. Parecían tan incómodos como yo, esperando que pasara todo. Solo Encarnación me miraba directamente; fijándose en mis reacciones. Intenté recomponerme y pedí que siguiéramos trabajando. Se lo dije a todos, pero solo la miré a ella, que asintió con un leve movimiento de cabeza, animándome a seguir. La verdad era que

agradecí el gesto. Sentí un escalofrío que contuve apretando los puños y me dirigí a mi mesa a buscar un cartel con las letras del abecedario. Antes de cogerlo, miré por la ventana y deseé estar en la calle, lejos, fuera de ese lugar desconocido al que iba a tener que habituarme.

Cogí aire y respiré la humedad del edificio. Me giré y empecé a señalar cada letra y a decir su sonido, una a una, pidiendo a mis alumnos que lo repitieran conmigo. Sus caras de disgusto se relajaron un poco y conectaron con la propuesta enseguida. De vez en cuando, se podía oír a María José resoplando. Yo intenté no mirar hacia donde ella estaba, ignorarla.

Después de llegar a la zeta, repartí a todos los no lectores una ficha con el abecedario escrito en mayúscula con las letras punteadas para repasar. Se hizo el silencio hasta que Encarnación me avisó de que había terminado los tres ejercicios que había propuesto al inicio de la clase. Me acerqué a su sitio y corregí sus actividades, estaban todas bien. Luego miré a María José con la intención de ayudarla, pero me miró desafiante, cerró poco a poco su cuaderno a estrenar y lo dejó en una esquina. Tragué saliva, me di la vuelta y cogí dos fichas de sumas que tenía preparadas. Una se la di a Encarnación, que no necesitó que le explicara la tarea, más allá de leerle el enunciado, y la otra se la dejé a María José sobre el cuaderno.

—No la voy a hacer. Ni esta ni ninguna otra, niña.

Temblé un poco, las piernas me flojeaban. Ella empujó el papel con el dedo índice hasta el borde de la mesa y la ficha se cayó al suelo, desviando su trayectoria hasta colocarse frente a la puerta, y yo decidí no volver a intentar nada más. No quise tampoco recoger lo que había tirado. Fui a sentarme en mi silla, puse los codos sobre la mesa y apoyé la cabeza sobre las palmas de las manos. Entonces me di cuenta de lo rápido que me latía el corazón. Suspiré y mi mirada se perdió en algún punto difuso del aglomerado verde en el

que me apoyaba.

Estaba en una bolsa de trabajo del sistema público de enseñanza, para ejercer de sustituta de profesores con baja médica, y llevaba meses esperando una llamada. Me apunté a todas las opciones posibles con tal de trabajar: media jornada, jornada entera, itinerancia, escuelas ordinarias, escuelas de adultos... Era mi primer empleo como maestra, más allá de algunas clases de refuerzo para niños de mi vecindario. Pero, pese a todas mis ganas, no había comenzado muy bien. En cuanto supe que iba a empezar mi carrera en un centro de personas adultas, y no en una escuela de Educación Infantil y Primaria, que era lo habitual al haber muchas más, preparé las tareas con cuidado. Cosas del azar y del sistema informático de asignación de puestos. Había previsto actividades individuales y en grupo, había calculado un tiempo estimado para cada ejercicio. Creía que tenía todo controlado, pero no fue así. Empecé feliz mi primer día aferrada a mis buenas notas y a las teorías y dinámicas que había estudiado en la carrera, pero me duró poco, la realidad me presentó una situación que no sabía cómo solucionar.

Salí de mis pensamientos cuando alguien empezó a toser. Levanté la cabeza y vi que todos estaban concentrados en sus tareas. Menos María José, que se fijaba en algo tras la ventana. Cada una de esas ocho personas triplicaba mi edad. Eran seis mujeres y dos hombres. Observé sus manos llenas de venas abultadas, sus arrugas, sus canas, las manchas marrones de su piel, y sentí un pellizco en el estómago. Esas personas esperaban que yo les enseñara a leer, a escribir y a contar.

Me pregunté cómo habrían sido sus vidas y me di cuenta en ese momento de lo impresionada que estaba de ser su maestra, y también de usar ese término para referirme a mí misma. Bajé la mirada, cogí mi bolígrafo y me entretuve dibujando en una esquina de mi libreta, necesitaba relajarme un poco. Al cabo de un rato, el ruido de una moto que

pasaba por la calle me hizo parpadear. Solté el bolígrafo, estiré la espalda y miré el reloj de pared, al fondo del aula. Quedaban solo dos minutos para finalizar la clase. Avisé a todos y recogí las tareas para que las terminaran al día siguiente. María José cogió su abrigo y salió la primera, después de haber pisado la ficha, que seguía en el suelo. No se despidió. Los demás alumnos se abrigaron y me dijeron adiós. Cuando ya no quedaba nadie, recogí el papel del suelo y lo limpié frotando con los dedos. Me quedé apoyada en una de las mesas, que estaban colocadas en forma de u en el centro del aula, y miré la ficha. No sabía qué hacer con ella.

En ese momento no tenía ni idea de todo lo que me quedaba por vivir en ese espacio de paredes blancas, solo me preguntaba qué podía hacer para que María José cambiara su opinión sobre mí. Y no se me ocurría nada. Ni siquiera sabía si iba a ser capaz de acercarme a ella algún día.



2

Estaba a casi trescientos kilómetros de mi casa. Era mi segunda noche en un hostel y me costó dormir. Me desperté muchas veces y acabé levantándome antes de la hora prevista. Me duché, hice la cama y desayuné menos de lo habitual por los nervios, que solían cerrarme el estómago. La cocina era comunitaria y estaba abajo, junto a una sala de estar y la recepción; y las habitaciones, en el piso de arriba. Luego no supe qué más hacer, así que salí y cogí el coche. Cuando llegué a la escuela todavía estaba cerrada, así que me dediqué a uno de mis pasatiempos favoritos: mordirme las uñas. Hasta que me di cuenta de que tenía que aprovechar esos minutos para intentar relajarme. Respiré hondo y entonces noté un olor dulce que me hizo cerrar los ojos. Me giré y descubrí un almendro en un parque al otro lado de la calle, pegado a un banco de listones de madera marrón. Destacaba entre los otros tipos de árboles por ser el único con flores, todas blancas. Me pareció extraño que solo hubiera uno plantado.

Entonces pasó un coche bastante rápido y me desconcentró. Me di la vuelta y observé la fachada del edificio, gris claro con varios desconchones más oscuros. Después me fijé en la valla amarilla que lo rodeaba, era dos palmos más alta que yo y resaltaba entre los pisos de ladrillo visto de la calle. Sonreí al pensar que alguien habría pintado el cercado de ese color tan inusual para darle algo de alegría al recinto. Menos mal que había árboles alrededor que daban algo de vida.

Tan metida estaba en mis reflexiones que no me di cuenta de que Alberto había llegado ya.

—Está viejo este edificio.

—La verdad es que sí.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? Hace frío.

—No, tranquilo. Es que todavía no calculo bien el tiempo que necesito para llegar hasta aquí y me he entretenido observando este sitio —le dije, mientras él bajaba de su bicicleta.

—Pues mejor que te centres en el parque —sonrió— porque esto es más bien aburrido de mirar. Tiene más de cuarenta años y la pintura es horrible.

—La verdad es que no tiene mucha gracia. Imagino que habrá tenido varios usos.

—Sí. Primero fue un centro de EGB, luego una escuela de música municipal y después nos ubicaron a nosotros aquí, junto a varias asociaciones culturales. Están en el piso de arriba, pero solo vienen el fin de semana.

Alberto sacó las llaves, abrió la puerta metálica y dejó su bicicleta atada a la valla por el interior con un candado. Subimos tres escalones, el último con una grieta en un lado, y accedimos al edificio por una puerta de hierro y cristal. Cuando Alberto encendió las luces del pasillo distribuidor, no pude evitar quitar con el dedo un poco de polvo de la moldura que remataba el friso. No me había parado a pensar en cómo sería la primera escuela en la que fuera a trabajar, pero tenía bien claro que no hubiera imaginado algo tan viejo y poco estimulante.

Entré en el servicio porque no podía más, de tan agitada que estaba. Era un pequeño rectángulo con azulejos de color rosáceo, con un lavabo y un váter de color salmón, un espejo redondo sin marco con manchas de óxido por el perímetro y un botiquín colgado de la pared a su lado, con una llave larga metida en el cerrojo. Salí y me fui al despacho. Me quedé unos segundos pegada al calor del radiador

de hierro que había debajo de la ventana. Vi que, en la pared en la que estaban nuestras dos mesas, había una cartulina grande, sujeta con chinchetas de metal, con una frase escrita a mano que aprendí de memoria: «El objeto de la educación es formar seres aptos para gobernarse a sí mismos, y no para ser gobernados por los demás». Pensé en María José y sentí un poco de miedo. No me parecía nada fácil de gobernar.

Alberto se quedó de pie debajo del marco de la puerta.

—Pues ya estamos a punto. ¿Qué tal fue tu primer día?

—Bien —dije enseguida.

—Me alegro. Que siga así —dijo guiñándome el ojo y asintiendo con la cabeza.

Sonreí y pensé que mejor que no siguiera igual, pero no quería contarle lo que había pasado con María José, en el fondo tenía la esperanza de que hubiera sido algo puntual.

Volví a mirar el reloj, quedaban diez minutos para las nueve. Entré en mi aula, me senté en mi mesa y cogí la agenda. Rodeé el segundo día en el calendario que había en la primera página y se me ocurrió entonces contar los días que iba a durar mi experiencia en ese centro. Iban a ser ciento quince días. Intenté adivinar lo que me esperaba a lo largo de esos cuatro meses de curso que quedaban, pero lo cierto era que no tenía ni idea. Recorrí con la mirada el aula, mientras escuchaba el tictac del reloj, colgado en la pared donde estaban los percheros. Faltaban dos minutos y mi inquietud aumentaba. Dudé de si María José acudiría a clase, la imaginaba decepcionada por tener que verme a mí otra vez en lugar de a Marta, su maestra desde septiembre.

Tras unos segundos, escuché el murmullo de los alumnos llegando por el pasillo y me sorprendí de que fuera ella la primera en entrar. Eso me dio un poco de calma, por lo menos había venido. Tragué saliva. Detrás entró Encarnación y luego todos los demás. Una mezcla de olores dulzones invadió la clase, alguno más intenso que otro, colonias que me llevaban en volandas a mis recuerdos. Me acordé de

mi abuela, que murió cuando yo era pequeña.

Todos se sentaron y empecé la clase contando la fábula *La cigarra y la hormiga*. Avisé a mis alumnos de que tenían que estar atentos porque les iba a hacer algunas preguntas. Quería conocer su nivel de comprensión oral. Todos me escucharon concentrados mientras iba pasando las páginas para que pudieran ver las ilustraciones. Cuando terminé, le pregunté a Juan, un señor que llevaba un pañuelo al cuello y una americana gris:

—¿Usted sabe quién es la protagonista de la historia?

—Me puedes llamar de tú, mujer, que ya nos conocimos ayer —sonrió él. No supe muy bien si hablaba en serio o pretendía evitar responder a la pregunta. Continuó, mirando al resto—: ¿No os parece que puede dejar de hablarnos de «usted»? Marta no nos hablaba así, no te preocupes, que no somos del Gobierno —se rio mirando a sus compañeros y luego a mí, guiñándome el ojo.

—Vale, Juan. Lo que usted... lo que tú prefieras. ¿Sabes la respuesta?

Me dijo que no con un leve movimiento de cabeza, así que no quise que se sintiera mal y enseguida pregunté a los demás.

—La que sale todo el rato —dijo María José, con gesto serio.

—Muy bien, ¿y quién te parece que es?

Tras mirarme dos segundos en silencio, en los que contuve la respiración, me dijo:

—A mí me hablas de usted, que no nos conocemos de nada, niña.

3

No podía ser. Parpadeé y miré a Juan un momento. Él hizo un gesto de desacuerdo, con la barbilla levantada y los labios apretados. Yo bajé la mirada. Había pensado que podía olvidar el día anterior y empezar de cero, pero María José no estaba dispuesta a ello.

—Perdone. ¿A usted quién le parece que es la protagonista?

—La hormiga.

Yo ya veía claro que ese día tampoco iba a ser fácil. Noté cómo me temblaban las manos, con las que todavía sujetaba el cuento.

—No, no es la hormiga.

—¿Cómo que no? Si sale todo el rato.

—Ya, pero hay otro personaje que aparece desde el principio —dije, con la boca seca.

—¿Me estás diciendo que es más importante la otra? La que se está tocando los huevos mientras la hormiga está venga a currar. Pues vaya mierda, la protagonista.

Nadie decía nada. Encarnación miraba su mesa con la cabeza agachada, el resto me miraba a mí. Respiré hondo y les conté que la protagonista era la cigarra porque ella era la que aprendía una lección en la historia. Le pregunté a Aurora, una señora de mirada amable, si sabía de qué lección se trataba, pero María José no la dejó contestar.

—Yo no le hubiera dado un cojón a la cigarra. Canta, canta, que luego comerás aire...

Estuve a punto de pasar a otra actividad, pero no había terminado de hacer las preguntas que tenía pensadas, así que continué. Le pregunté otra vez a Aurora.

—¿Qué crees que nos quiso enseñar el autor de este cuento?

—Que hay que guardar, como las hormiguitas.

—Claro. Muy bien, Aurora. Y también que hay que reservar un tiempo para hacer cosas que nos diviertan, no todo es trabajar.

—Pues a ver cuándo nos divertimos aquí, coño. Qué mala suerte la nuestra, con lo bien que estábamos con Marta, joder. Tú tienes mucho que aprender, niña. —Quería que se callara, que me dejara en paz, pero ella seguía—. Y ahora, ¿qué hacemos más? ¿Nos vas a poner a pintar?

Apreté los labios reprimiendo un leve temblor en la mandíbula. No dije nada ni miré a nadie, pensé que tenía que ser prudente y no reaccionar de manera impulsiva, era mi primer trabajo. Me giré hacia una ventana, no para ver nada, sino por mirar hacia arriba y así contener la humedad en mis ojos. El silencio de todos hizo que escuchara el tictac del reloj con más volumen, como amplificado. Lo notaba en el corazón, irradiando por todo el pecho.

En ese momento, Encarnación se levantó de su silla despacio. Yo bajé la mirada y se me cayó una lágrima. La aparté con un dedo, mientras comprobaba aliviada que todo el mundo la miraba a ella y no a mí. Se acercó a María José, le tocó el hombro y señaló a la derecha, invitándola a salir. María José la miró de reojo, arrastró la silla desgana y le hizo caso. Las dos salieron al corredor y cerraron la puerta. Ahí fue cuando descubrí que eran amigas.

Me acerqué a la ventana que estaba detrás de mi mesa. Parpadeé de prisa intentando, a la vez, coger un poco de aire. Se escuchaba un cuchicheo a lo lejos, en el pasillo, pero no entendía lo que decían. Vi cómo un camión de reciclaje recogía los residuos de un contenedor y achiné los ojos,

rechazando el sonido estridente de los centenares de botellas de vidrio golpeando con el fondo metálico. Cuando el vehículo arrancó, me moví hacia la pizarra, cogí un rotulador, le quité el tapón y escribí «cigarra» en vertical. Mientras intentaba normalizar el ritmo de mi respiración, inhalé el olor intenso de la tinta azul. Era la primera vez que escribía en una pizarra blanca. Me gustó ese aroma, me transportó a la universidad. Ahora era yo la que daba las clases; me costaba creerlo todavía. Tapé el rotulador y lo devolví a su sitio.

Después me di la vuelta. De los seis alumnos que quedaban, alguno miraba hacia la puerta, otra negaba con la cabeza, otros se removían en sus sillas, inquietos por lo que acababa de suceder.

—Tiene mucho carácter —me dijo Aurora, rompiendo el silencio.

Su pelo blanco y abundante era como el de mi abuela, hasta tenía los ojos azules como ella, y ese recuerdo me dio fuerza. Asentí y me mordí un poco las uñas. Pensé entonces que no podía hundirme el segundo día, ellos tenían derecho a aprender y yo era su profesora, quería hacerlo bien. Intenté sonreír y les pedí que copiaran la palabra en su cuaderno. Después los animé a que pensaran otras nuevas que empezaran por cada una de las letras de «cigarra». Las escribíamos entre todos escuchando cómo sonaban al pronunciarlas.

Al cabo de un rato, oí el correr del agua de los radiadores y eso me hizo darme cuenta de que ya no había murmullo, Encarnación y María José debían de haberse alejado. Yo seguía intranquila, pero intenté centrarme en mi tarea. Caminé buscando el calor del aparato, llevé las manos hacia atrás para apoyarme en el hierro templado y pregunté:

—¿Alguien sabe una palabra que empiece por la ce?

—¿Zapato? —dijo Manuel enseguida, levantando el dedo con una sonrisa.

—Gracias, Manuel. Está bien pensado porque el sonido

es el mismo, pero se escribe con zeta. Poco a poco iréis aprendiendo estas particularidades de la ortografía, no os preocupéis. Sigamos buscando.

—¿Cielo? —dijo Rosario, con voz temblorosa.

Sonreí y le dije que la respuesta era correcta. Alberto me había comentado que, como no veía muy bien, pese a llevar gafas, tenía que hacerle las fotocopias ampliadas para que pudiera trabajar cómoda. Una ficha de los demás eran dos para ella.

Fui hacia la pizarra, cogí el rotulador y escribí «cielo» en horizontal, empezando por la ce de cigarra. Esperé a que todos copiaran las letras en su cuaderno y, en ese momento, Encarnación entró sola y se acercó a mí. Me miró a los ojos y pude ver de cerca los suyos, azules y enmarcados por unas arrugas sutiles.

—Nos vamos a ir, Laura. Está un poco nerviosa porque hoy no ha dormido muy bien. Vamos a dar un paseo para que se tranquilice.

Me dijo que volverían al día siguiente. Asentí y respiré aliviada porque no tenía ganas de volver a ver a María José, por lo menos ese día. Encarnación cogió su bolso y el de su amiga y los abrigos del perchero y se fue sin hacer apenas ruido. Cuando estábamos ya buscando una palabra que empezara por la siguiente letra, la puerta de acceso al edificio se cerraba despacio, con un chirrido largo y agudo.